

tés repitan el voto de no conservar cosa alguna como propia: que no se despida á ningún hermano, por grave que sea la falta ó recaída en que haya incurrido, para no esponer su salvación á mayores peligros; pero que se le haga hacer penitencia en el monasterio. Analiza y especifica luego una multitud de faltas, ya graves, cuya penitencia deja á juicio del prudente abad, ya leves por las que ordena que se imponga solamente la excomunion de tres dias, conforme se establece en la regla de San Benito; esto es, una especie de arresto fuera de la comunidad y de todos los lugares y ejercicios á que esta concurre.

Manda á todos los religiosos el trabajo de manos, como el cuidado de la huerta y de todas las cosas perteneciente al mantenimiento, encargando á los esclavos otras labores como son el arado y el cultivo de las tierras. Destina al trabajo unas seis horas del dia y tres para la lectura. El abad, que debe reunir la madurez de la edad y de la virtud, será el primero en practicar cuanto ordene á los demas y les hará tres conferencias á la semana despues de la hora de tercia. Comerá siempre en comunidad lo mismo que sus hermanos, y tan pobremente como ellos, esto es, yerbas y legumbres, si bien algunas veces, en las fiestas principales, tendrán manjares ligeros, como aves. Suministrará una corta cantidad de vino, pero el que quiera podrá abstenerse de él como tambien del uso de carnes. Comerán al medio dia desde Pentecostés al otoño, y en las otras estaciones solamente cenarán. Ayunarán durante la Cuaresma á pan y agua. No vestirán ropa blanca, evitando no obstante asi la inmundicia como una limpieza afectada. Dormirán reunidos en una sala si es posible, ó lo menos diez en cada sala, en la que habrá luz toda la noche. Es digno tambien de observarse en la regla de San Isidoro que ordena ofrecer e

sacrificio por los pecados de los muertos antes de enterrarlos, y en cada año al otro dia de Pentecostés por todos los difuntos en general (a).

San Isidoro no solo cuidó de la disciplina monástica, sino que tambien se esmeró en establecer el buen orden en el clero, y en procurar al servicio divino toda aquella perfeccion y magestad que cabe en los ministros humanos. A él se atribuye ó por lo menos se le reputa como autor principal de la antigua liturgia de España, llamada vulgarmente *Misa Mozárabe*. A pesar de no usarse en el dia mas que en una capilla de la iglesia de Toledo, no se puede negar que reúne mucha unción y dignidad. Concuerta con la liturgia ordinaria en cuanto á las partes esenciales del sacrificio y en cuanto á las oraciones principales; pero se distingue notablemente en el orden de las cosas y en muchas adiciones. Por esta razon sin duda, al paso que se conserva por honor este monumento respetable en el lugar de su origen, se ha creído en todas las demas partes conformarse mas con la comun observancia en un punto tan importante como es el sacrificio.

En el tratado de los *Oficios eclesiásticos* espone San Isidoro el orden particular de las oraciones de su liturgia. Señala asimismo las horas y todas las partes del oficio canónico, que son las mismas que rigen en

(a) Muy poco se diferencia de la regla de S. Benito esta de San Isidoro si se atiende á sus principales artículos, bien que en algunas particularidades, acomodadas á las costumbres de España, se diferencia totalmente de ellas. Algunos autores dicen que San Isidoro fué monge benedictino; al paso que otros no solo niegan este su monacato, sino que hasta suponen que jamás vivió en monasterio. Pero el erudito Ambrosio de Morales, asegura que Isidoro estuvo encerrado algunos años en una celda por orden de su hermano San Leandro (el cual cree dicho Morales fué monge benedictino) para que aprendiese y se perfeccionase en todo género de ciencias y en la práctica de todas las virtudes. Véase su tom. 2 de las antigüedades de España, lib. 12, cap. 21, y su *Crónica*, lib. 12, c. 5. (N. del E.)

el dia, y cuyos himnos atribuye á San Hilario y á San Ambrosio. Hállanse en él muchos trozos notables por ser relativos á la antigua disciplina. En toda la Iglesia, dice, se recibe la Eucaristía en ayunas, y el vino debe estar mezclado con agua; en toda la Iglesia se ofrece el sacrificio por los muertos, y esto muestra claramente que nace de una tradicion apostólica. Los que han muerto para la gracia por el pecado, deben hacer penitencia antes de acercarse al Sacramento del altar, y los demas no deben estar ausentes de él por mucho tiempo. Los casados guardarán continencia algunos dias antes de la comunión, y los fieles sometidos á la penitencia pública se dejarán crecer la barba y el cabello, y se postrarán sobre el cilicio cubriéndose de ceniza. Se concederá la penitencia al fin de la vida aunque se la tenga por sospechosa, y los sacerdotes y los diáconos solamente harán penitencia delante de Dios (a).

Leése tambien en los *Oficios* de San Isidoro la enumeracion de las fiestas de la Iglesia; á saber, todos los domingos del año, y en particular los de Ramos, Pascua y Pentecostés: el jueves, viernes y sábado Santos: el dia de Natividad, Epifanía, la Ascension, la Dedicacion de las iglesias, las fiestas de los Apóstoles y de los Mártires, «á los que rendimos, dice el santo doctor, no un culto de vasallage ó de la ría, pues no les ofrecemos el sacrificio, sino un culto de caridad, á fin de lograr por este medio los auxilios que necesitamos y escitarnos á imitarlos.» Los ayunos de la Iglesia eran los de Cuaresma, que comprendian una décima parte del año, los de Pentecostés, y del sétimo mes; es decir, las cuatro temporadas del verano y otoño. No habla de los de invierno ó diciembre, no obstante de estar

(a) Es decir, no pública delante de todos, sino secreta en el sagrado tribunal de la penitencia por la confesion sacramental. (N. del E.)

en uso al menos en Italia desde el tiempo de San Leon. Recuerda otros dos ayunos que ya no conocemos: el uno en el primer dia de noviembre, cuya causa no podemos adivinar, y el otro en el primero de enero, instituido con el fin de hacer olvidar las disoluciones supersticiosas que los paganos practicaban en honor de Jano. Se vé tambien que el ayuno del viernes era entonces universal, y que la mayor parte de los fieles le agregaban el sábado; dias que ahora solo son de abstinencia. San Isidoro advierte que las costumbres de las iglesias no son las mismas, y que cada uno debe conformarse con las de aquella en que vive.

Dejó otros muchos escritos, de los cuales el mas dilatado y mas célebre es el titulado *Origenes* ó las *Etimologías* que concluyó san Braulio, obispo de Zaragoza, y le dividió en veinte libros. Trata de casi todas las artes y ciencias, principiando por la gramática, aunque solo nos dá definiciones cortas, y etimologías no siempre legítimas. Así en esta como en las demas obras de San Isidoro, se descubre mas erudicion y trabajo que buen gusto é invencion (a).

(a) Los libros que dejó escritos San Isidoro son muchos, de gran doctrina y en todas ciencias. San Ildefonso y San Braulio cuentan los siguientes: de los *Grados y oficios de la Iglesia*, dos libros: de los *Proemios para la Sagrada Escritura*, un libro: de los *Sinodos*, dos libros: de la *Muerte de los Santos Padres*, un libro: de las *Diferencias de las cosas*, dos libros: de la *Naturaleza de las cosas*, un libro: de *Aritmética* ó de los números, un libro: de los *Nombres de la ley y del Evangelio*, un libro: de las *Heregias*, un libro: de las *Sentencias*, tres libros recogidos de las Morales de San Gregorio: *Crónica* desde el principio del mundo hasta su tiempo; dos libros *contra los judios*: uno de los *Varones ilustres*: la regla monástica: *Crónica* de los godos, suevos y vándalos: *Cuestiones sobre el Pentateuco*, dos libros; y la gran obra de las *Etimologías*. A mas de estas le atribuye el abad Trifemio otras muchas, pero se cree no existen legítimos fundamentos para suponer suyas las que dicho abad refiere. Acerca de la vida y escrito del Santo, véase á Ambrosio de Morales en el lugar citado y en la *Crónica*, lib. 12, c. 22; pero sobre todo al P. Faustino Arévalo en la hermosa edicion que de las obras del Santo acabó de publicar en Roma á principios de este siglo con interesantes notas y eruditas disertaciones, dedicada al Emmo. cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, á cuyas espensas se hizo. (N. del E.)

Su largo episcopado, que duró cerca de cuarenta años, no fué otra cosa que una serie no interrumpida de trabajos apostólicos y de santas obras. Murió como había vivido en el ejercicio de todas las virtudes episcopales y cristianas. Conoció que se aproximaba su última hora, y aumentó de tal modo sus limosnas, que por espacio de seis meses su casa estuvo llena de pobres desde la mañana hasta la noche. Agravándose su mal, se dirigió á la iglesia de San Vicente, seguido de una multitud inmensa de eclesiásticos, de religiosos y de seglares de todas clases que prorrumpían en continuos ayes y lamentos. Al llegar á la iglesia se paró en medio del coro delante de las rejas del presbiterio mandando apartar á las mugeres. Pusiéronle la ceniza y el cilicio, y alzando luego las manos al cielo renovó el dolor de sus pecados, recibió el Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, y encomendándose á las oraciones de todos los asistentes les pidió humildemente perdón; declaró libres de toda responsabilidad á sus deudores; mandó distribuir á los pobres el dinero que le restaba, y con ternura paternal encargó la caridad recíproca á todos sus hijos. Vuelto despues á su casa episcopal, murió en paz á los cuatro dias (a).

Las virtudes de San Heladio no ilustraron menos la Silla de Toledo, á la que contra su voluntad había sido elevado, durante el reinado de Sisebuto, y aunque era ya anciano la ocupó no obstante diez y ocho años (1). Había gozado de un rango el mas

F (a) Los que deseen mas pormenores interesantes y curiosos y hechos verdaderos sobre la vida y muerte de este gran Padre y doctor de la iglesia de España, pueden ver al mencionado Morales en los libros y capítulos ya citados. Contaba el Santo al tiempo de su muerte mas de setenta años de edad y cerca de cuarenta de obispado. El Señor manifestó su gloria con innumerables prodigios, y la Iglesia universal celebra su memoria el dia 4 de abril, que fué el de su muerte, acaecida el año 635. (N. del E.)

(1) S. Ildeph. de virt. illust. cap. 7.

distinguido en la corte y en el ministerio, pero aun ya desde entonces observaba en cuanto le era posible la vida religiosa. Cerca de Toledo, capital del imperio godo, había un célebre monasterio titulado de Agali; y siempre que Heladio podía huir del fausto y de los embarazos del mundo, se iba él solo á confundirse entre aquellos fervorosos religiosos y á tomar parte en sus ejercicios. No rehusaba cosa alguna por mas vil y despreciable que pareciese á los ojos de la vanidad y de la falsa delicadeza de los cortesanos, humillándose hasta el extremo de llevar haces de paja al horno de los monges. Logró por último retirarse del todo á esta santa comunidad, de la que fué abad, y de aquí le sacaron para elevarle á la Silla metropolitana de la ciudad Imperial. En este brillante cargo dió todavía mayor realce á sus virtudes y ejemplos. Jamás quiso escribir, á pesar de estar dotado de un raro talento, deseando instruir mas bien con los ejemplos que con las palabras (a).

(a) Heladio había sucedido en la silla de Toledo á otros dos ilustres prelados, Eufemio y Aurasio. Al primero le llama Loaisa varón santo; en el tercer Concilio de Toledo, firmó con el dictado de metropolitano de la Iglesia católica de Toledo de la provincia Carpetana añadiendo la palabra católica, en sentir del P. Florez, para denotar que en medio de las persecuciones de los arrianos jamás había faltado en Toledo obispo católico. Aurasio, sucesor de Eufemio se distinguió particularmente por su celo en defender los derechos de la Iglesia y el vigor de la disciplina, por su buena disposición en las cosas domésticas, por su templanza y mansedumbre, á la que reunió una fortaleza invencible en las grandes calamidades de su tiempo. S. Ildefonso hace de él gran elogio, y dice que aunque no escribió hizo cosas dignas de ser escritas.

A mas de los mencionados, florecieron por estos tiempos muchos santos y celosos prelados y una multitud innumerable de monges perfectos. De San Fulgencio de Ecija, hermano de los Santos Leandro é Isidoro, y de su hermana Santa Florentina se dará noticia en la disertación ya citada acerca de la conversión de los godos. San Máximo de Zaragoza escribió diferentes obras en verso y en prosa, y señaladamente una breve historia de los godos en estilo elegante y fluido. Despues de su muerte que fué santísima, tuvo por sucesor á San Juan, de quien dice San Ildefonso, que de abad fué elegido obispo de Zaragoza. Era muy versado en la Sagrada Escritura, cuyas verda-

Ofrecia entonces el mismo espectáculo de edificación la corte de los reyes de Francia, y parece que la Providencia quiso esmerarse en proporcionar los socorros de la virtud contra los desórdenes fomentados, tanto tiempo había, por las intrigas y pasiones diferentes de las reinas Fredegunda y Brunequilda. Clotario, hijo de la primera, acababa de sujetar á su obediencia toda la monarquía francesa despues de haber manifestado contra la segunda el odio mortal que había heredado de su madre. A pesar de tan funestos presagios manifestó mucha bondad para con sus súbditos, un amor sincero á la Religión y á todas las personas que la honraban con sus virtudes, debiéndose á esta feliz circunstancia el que muchas de ellas fuesen admitidas en los puestos mas distinguidos de la corte. Arnulfo, que era el principal de los señores adictos al rey Teodeberto, político tan hábil como valiente guerrero, y por un mérito muy singular en aquellos tiempos versado en el estudio de las letras, pasó al servicio de Clo-

tario en el primer año que este principe reinó por sí solo (1). Le siguió su amigo Romarico, que era otro de los señores de la corte de Teodeberto. Formaba la piedad el vínculo principal de estos amigos, sirviéndoseles recíprocamente de estímulo en el ejercicio de la caridad, de la oración, y en las austeridades de su vida que podían compararse con las de los religiosos mas perfectos. Aunque uno y otro resolvieron de comun acuerdo despreciar las grandezas del siglo y retirarse al monasterio de Lerins, los designios del Señor eran distintos.

No bien Clotario empezaba á conocer prácticamente el mérito de Arnulfo, cuando estando vacante el obispado de Metz, todo el pueblo á una voz le aclamó por su pastor sin embargo de ser un simple lego y de estar casado. Reputóse la voz del pueblo voz de Dios, y se vió precisado á aceptar aquella dignidad, retirándose su esposa, á quien varios autores dan el título de Santa, á Tréveris, donde recibió el velo de religiosa. Tenia dos hijos, Agnesio, que fué el tronco de la segunda línea de los reyes de Francia, y San Claudio, que ascendió al obispado de Metz como su padre. Pero Arnulfo era muy necesario en la corte, donde ocupaba el principal destino, para que el monarca le permitiera retirarse. Mantúvose pues en ella por algun tiempo para bien del Estado, pero como verdadero obispo, multiplicando sus limosnas y austeridades, prolongando con frecuencia sus ayunos hasta dos y tres dias consecutivos, sin alimentarse mas que con pan de cebada y agua, y usando siempre el cilicio pegado á sus carnes. No bastaron aun tantas virtudes confirmadas frecuentemente con milagros para que mirase sin recelo los escollos del mundo. Suspiró siempre por el retiro, y durante mucho

des procuraba enseñar en sus frecuentes sermones, muy apreciables por la unción divina de que se hallaba dotado. Compuso algunas oraciones para los oficios divinos, y un pequeño tratado sobre el cómputo eclesiástico. Morales dice de él que fué monge y abad, y que era hermano de San Braulio, que despues le sucedió en la misma Silla de Zaragoza, como San Isidoro á San Leandro.

También otro Juan, llamado comunmente el Biclarense, ascendió de abad de Biclara ó Valclara al obispado de Gerona. Distinguióse en santidad y letras, de cuya ciencia tenemos una prueba evidente en la crónica que escribió, conocida por el nombre de Juan Biclarense; también escribió una regla para sus monges. Segun San Isidoro fué oriundo de los godos y nacido en Scalabis, ahora Santaren, en Portugal.—Fué asimismo abad, antes de ocupar la Silla de Valencia, San Eutropio. Gobernó por muchos años el célebre monasterio Servitano, y despues este obispado tan celoso y santamente, que ha sido mirado en todos tiempos por uno de los mas grandes prelados de esta iglesia.—Escuderiámos sobradamente los límites de una nota, si quisiéramos hacer expresa mención de todos; bastará decir, que esta fué una época de las mas gloriosas que ha tenido el obispado español. Véanse los libros 11., 12 y 13 de las antigüedades de España de Ambrosio de Morales, al mismo en el libro 12 de su Crónica, y generalmente todos nuestros historiadores. (N. del E.)

(1) Act. SS. Bened. tom 2, pag. 120.

tiempo estuvo solicitando este favor aunque sin poderlo conseguir.

Ya su santo amigo Romarico habia roto los lazos del mundo y abrazado la vida monástica en Luxeu, despues de haber distribuido sus cuantiosos bienes al monasterio y á los pobres, á escepcion de una tierra situada en las ásperas montañas de los Vosges, donde muy pronto sus superiores le juzgaron capaz de dar lecciones de perfeccion á las personas del uno y del otro sexo (1). Levantó efectivamente alli dos monasterios, uno de monjas muy grande, cuya primera abadesa fué Santa Mafflea, y otro de monges, en el que nombró superior á San Amato, autor principal de su retiro despues de Dios. Encargáronse los dos Santos de la direccion de las religiosas; y como este monasterio vino á ser en poco tiempo numerosisimo, estableció en él su santo fundador la salmodia perpétua, y dividió la comunidad en siete coros de doce religiosas cada uno, á fin de que se sucediesen sin intermision en el canto de las alabanzas divinas. Estos fueron los principios de la ilustre abadía de Remiremont, cuyo monasterio de hombres ocuparon últimamente los benedictinos de la congregacion de San Vannes.

Cuando Romarico supo que su amigo el obispo Arnulfo podia partir con él las dulzuras de la soledad, corrió á Metz para demostrarle su alegría. Muy luego arregló Arnulfo los negocios de su familia, hizo elegir por sucesor suyo á otro Santo llamado Goerico, y con resolucion heróica se despidió de sus deudos, de su obispado y de la córte, llevando consigo solamente el sentimiento del pueblo, y principalmente las lágrimas de los pobres. Estableció su domicilio en una montaña cercana á Remiremont acompañado de algunos solitarios, y alli vivió todavía

(1) *Act. SS. Bened.*, t. 2 pag. 417.

muchos años mas contento y en verdad mas feliz que cuando le encumbraron á la cima de las grandezas.

Vivian en la córte de Clotario otros muchos escelentes y santos personages, tales como Pipino de Landen, que llegó á ser uno de los gefes de palacio, y que á pesar de los alicientes de tan arriesgado puesto mereció le colocasen en el número de los Santos juntamente con su esposa Ituberga y sus dos hijas Begua y Gertrudis. San Didier, tesorero del rey, despues obispo de Cahors, y sus hermanos Rústico y Siagrio; San Oven, San Eloy y San Faron, que enriqueció la iglesia de Meaux con los frutos abundantes de la bendicion que en su infancia recibió de San Columbano. San Chagnoaldo su hermano obtuvo el obispado de Laon, y su hermana Santa Fara, consagrada al Señor por el mismo Santo, fundó un monasterio en el que fué su primera abadesa, y que subsistió hasta estos últimos tiempos con el nombre de Faremoutier. Se conservaba un testamento de Santa Fara en el que lega al monasterio la mayor parte de sus bienes, distribuyendo el resto entre sus hermanos y su hermana; circunstancia que hacemos observar como una prueba de que en su tiempo la profesion religiosa no era un obstáculo para poder testar y heredar (a).

Apareció otra santa abadesa en la córte de Clotario, aunque en estado muy distinto al principio de la elevada opinion que gozaban en ella tantos siervos de Dios. Marcia Rustícula, de padres ilustres y romanos, es decir, antiguos súbditos del Imperio, bien diferentes de los conquis-

(a) Conviene advertir aquí que la profesion religiosa solomne siempre y esencialmente ha sido un obstáculo para que el religioso particular despues de profeso testase ó heredase. El monasterio es el que ha podido y puede siempre heredar, y en su nombre y con las licencias debidas puede tambien el individuo heredar y disponer de los bienes legítimamente adquiridos. (N. del E.)

tadores bárbaros que le habian invadido, fué acusada de haber encubierto en su monasterio de Arlés á un hijo del desgraciado rey Tierri. Por una escepcion no menos honrosa á su virtud que á sus talentos á la edad de solos diez y ocho años, era ya superiora de mas de trescientas monjas, á pesar de que los reglamentos de San Cesario exigian en una monja la edad de sesenta para poder llegar á ser abadesa. Empero las sospechas en asuntos de Estado pueden mas que cualquiera otra consideracion por justa y razonable que sea. Rustícula fué sacada violentamente de su monasterio y la enviaron con buena escolta al monarca. Quiso el cielo sin duda edificar á la corte con el espectáculo de una santidad que no dió lugar al menor engaño. Las virtudes de la santa abadesa, confirmadas con muchos milagros, le atrajeron los obsequios de los políticos menos crédulos: su palabra fué el único testimonio que exigieron de su inocencia, y se esforzaron despues en desagraviarla de una humillacion pasagera, concediéndola un acompañamiento brillante con el que regresó como en triunfo á su monasterio.

Todavía brillaba mas el episcopado en Francia por la eminente santidad de una multitud de prelados que en ella se distinguieron. San Lupo de Sens, sobrino de San Aunario de Auxerre y sucesor de San Artemio, incurrió tan injustamente como Rustícula en la desgracia del rey Clotario, que no le perdonaba su antigua fidelidad al jóven Sigeberto, hijo de Tierri (1). Le espulsaron con varios pretextos producidos únicamente por su baja y sorda venganza; pero desengañado el rey por San Winebaldo, abad de San Lupo de Troyes, le alzó el destierro, quiso verle á su vuelta, y le procuró satisfacer arrojándose á sus plantas

(1) *Surius, ad diem 1. Sept.*

para pedirle perdon, teniendo á dicha el convidarle á comer con él y enviándole á su iglesia colmado de honores y regalos. Sobresalian asimismo San Domnolio en Vienna, San Austregisilo en Bourges, San Lezin en Angers, de donde habia sido duque, cortesano distinguido, juez íntegro, valiente capitán, pariente del rey Clotario y el mas humilde de los fieles, y dotado de tan gran piedad, que siendo obispo no dejó trascurrir dia alguno sin celebrar el santo sacrificio. Era tan riguroso consigo mismo, que solo se alimentaba con un poco de pan y un vaso de agua despues de un ayuno de dos ó tres dias; y al propio tiempo se mostraba tan dulce y humano con los demas, que en los Concilios defendió siempre el partido de la clemencia, rehusando estar presente á la deposicion de un obispo. Brillaba San Beltran en Mans, donde edificó tres monasterios y dos hospitales, sirviéndose solo para su mayor santificacion de la peligrosa ventaja que le atribuyen de haber sido el prelado mas rico de su tiempo. Todos estos insignes obispos, y otros muchos que pasamos en silencio por no traspasar los límites del plan que nos hemos propuesto, fueron otros tantos instrumentos de que se valió el Señor para someter á los vencedores de los romanos al yugo de Jesucristo.

Pero no nos es posible dejar de referir, al menos en parte, el testamento que nos dejó San Beltran, monumento respetado como uno de los mas auténticos y el mas propio en su género para demostrarnos algunos usos de la venerable antigüedad. Comienza asi: «En nombre de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo, yo Beltran, aunque indigno pecador, obispo de la santa iglesia de Mans, estando sano de cuerpo y en mi cabal juicio, y queriendo preveer los accidentes de la vida humana, he formado mi testamento y le he dictado á mi hijo el